



Testimonio de las monjas contemplativas de clausura

Monasterio de Sancti Spiritus

Desde nuestro carisma, dentro de la Orden, somos predicadoras contemplativas. No vivimos aisladas del mundo, ni de nuestros hermanos; sino que viviendo en la soledad y en oración pero formando una verdadera comunidad fraterna, compartimos apasionadamente todos los sentimientos de la propia vida y hacemos igualmente nuestro, el “signo del tiempo” que vivimos.

A través de la acogida y llevando todo a la oración procuramos tener presente, que nuestro testimonio de vida oculta, es señal y signo de referencia para todos nuestros hermanos.

Abrimos nuestro corazón y nuestros monasterios a los hermanos y hermanas, a diferentes grupos o personas aisladas, a todos los que quieren compartir con nosotras su experiencia de fe y de vida, junto con la nuestra. Cuando vienen nuestros hermanos y hermanas compartimos oración, liturgia y ratos de diálogo fraterno.

Es más fácil vivirlo que explicarlo, porque entramos en el campo de experiencias y sentimientos que son testimoniales, y cuya referencia es sólo la misma persona de Cristo.

A la vez nosotras sentimos que nuestra vida con estos encuentros y compartiendo ratos de silencio, oración y diálogo, nos vuelve más “ricas”, saboreando lo que es la Presencia del Dios, y cómo encontramos el rostro de Cristo en cada persona que se acerca o que acude de alguna manera al monasterio. Esta transmisión directa y personal, es muy fecunda por ambas partes, viendo que la Orden y la Iglesia toda, es un entramado de relaciones personales con Dios y con los demás.

También en esta acogida hay personas que, de otra manera y no tan directamente, tienen contacto con nosotras, o bien por cuestiones de trabajo o por visitas al monasterio de manera cultural, o simplemente, y en su gran mayoría, buscando descanso, sosiego y tranquilidad; entonces encuentran no sólo un lugar para ello, sino unas personas, que por su vida, están felices y sin palabras, testimonian que la felicidad puede experimentarse de otro modo... Libres, sin nada, sólo la Presencia de Dios. No teniendo, pero sí siendo.

Hemos visto cómo, después de un rato compartiendo, cambian. Abren su corazón y su persona, como también hacemos sencillamente nosotras, cuestionándose muchas cosas acerca de la vida contemplativa de clausura, que suponemos que antes, o no se preguntaban, o eran diferentes los interrogantes. Contamos con numerosos testimonios de personas en gran mayoría jóvenes; una vez que se marchan, escriben y nos dan las gracias porque lo mejor ha sido el rato de oración compartida y el diálogo franco, sencillo y abierto sobre la realidad de nuestra vida.

Con este pequeño testimonio también queremos agradecer a nuestros hermanos y hermanas, que nos hacen partícipes de todo lo suyo y que acogemos como verdadera Familia que formamos. Llevamos al Señor por medio de la oración, todas las intenciones y las propias vidas, que harán del apostolado y testimonio de entrega en distintos modos o maneras, una mayor fecundidad, con gozo y ánimo para continuar como verdaderos discípulos y seguidores de Cristo.

La fuerza del mismo Señor, que ayuda, ilumina y sostiene a través de su Espíritu, por la oración, hace que alrededor del monasterio en lazos de fraternidad, se reúna una Familia nueva y dinámica, igual que originariamente, dio lugar a la “Santa Predicación”.

La nuestra es callada, y sin movernos del monasterio. Ser un testimonio vital y creativo de la pasión por la humanidad a través de la contemplación, en vida claustral.

Contemplar, y regalar, compartiendo, lo contemplado.